

CROCE Y LA LIBERTAD(*)

Los presupuestos concretos y formales, del pensamiento escrito de Croce, y el sentido mismo de la libertad, hacen difícil la explicitación sistemática del tema. Numerosos trabajos del ilustre filósofo son hoy inallables, tanto los publicados en "La Crítica", como el último sobre filosofía de la libertad. No obstante ello, debemos cumplir con la invitación del Instituto Cultural Italo-Argentino de Santa Fe, y trataremos de hacerlo del mejor modo posible.

Croce, como todos lo sabemos, es un auténtico filósofo. A su vida ejemplar de pensamiento, une una ejemplar conducta política y una inequívoca militancia en todas las formas de la libertad. Respecto de lo primero, la caracterización filosófica, más o menos exacta de su pensamiento poliédrico, las dificultades temáticas son mayores, ya que ello requiere una serie de antecedentes explicitados, que ahora son imposibles, y un conocimiento más o menos ordenado de los problemas de la filosofía, que ahora no pueden ser desenvueltos.

El pensamiento de Croce sobre la libertad, tiene múltiples aspectos, intrínsecos los unos, expresos los otros. Los primeros podemos decir que se encuentran ínsitos en sus meditaciones sobre la economía y la estética, la ética y la política. Los segundos, en sus formulaciones expresas del concepto mismo de la Historia, que en cierto modo, todo lo resume y autodes-

(*) El texto corresponde a un escrito leído el día 10 de noviembre de 1951 en el Círculo Italiano, con el patrocinio del Instituto Cultural Italo-Argentino de Santa Fe, y que no fué publicado por razones obvias.

pliega en planos de perfección teórica dignos de su mente superior.

A manera de introducción, parece oportuno recordar, a Uds. algunas nociones elementales de filosofía, a fin de posibilitar el conocimiento ordenado del pensamiento crociano en punto a la Lógica, que es de gran importancia, y que, a nuestro entender, todavía no ha sido debidamente desentrañado y difundido.

La filosofía, no es como se cree entre los que no la han cultivado, una ciencia esotérica, un mero saber profundizado. Ella, como las demás disciplinas del espíritu, importa un saber particular, con su aparato lógico, su vocabulario técnico, su objeto específico, y los problemas propios de su problemática, a los que se llega, principalmente, por medio de un análisis en complejidad creciente, de su ser histórico como cuerpo de doctrina.

Pero hay algo más, que la hace difícil. Ella nos exige un cierto entrenamiento, un estar "en forma" como decía Ortega y Gasset, al dirigirse a los estudiantes, como requisito esencial que potencie toda reforma. Y este "estar en forma", este filosofar personal, nos aproxima al verdadero espíritu de la filosofía, de modo tal, que muy lentamente, nos va acercando a un mundo de implicaciones, de sutilezas y de dramáticas tensiones, que sólo vive seriamente aquél que ha sido "iniciado por los dioses", al decir de los griegos.

Externamente considerado el problema, ella, como la biología, como la física o la matemática, requiere de un aprendizaje, puesto que son ciencias de saber sistemático y de valor universal, aunque su certeza constrictiva, sea el momento dramático de la lucha por implantar la nueva forma más profunda del saber que progresa insesantemente. Como tal ciencia determinada, requiere de la psicología, que estudia procesos anímicos temporales, dados como fenómenos y hechos de conciencia; de la Lógica, que estudia el momento formal del pensamiento, para desentrañar sus exigencias objetivas, y referirlas como conciencia intencional a un contenido trascen-

dente; de la gnoseología, que estudia los modos y posibilidades del conocimiento humano; de la ontología, con su afán por captar lo real a través de la teoría general de los objetos; de la axiología al penetrar en el mundo de los valores, mediante juicios específicos de estimación.

En esta actitud desde fuera, la filosofía como sistema, exhibe dos actitudes fundamentales; una que considera al sistema como *cerrado*, dando respuesta a todas las preguntas, y otra, contraria, que la mira como cúmulo sistemático de verdades "*abiertas*". Ambas actitudes, pueden caracterizarse, diciendo que en la primera se trata de meter la realidad dentro del sistema, y, en la segunda, es considerada la filosofía como una actitud metódica hacia la sistematización, penetrando su particular región óptica sin intentos de someterlo todo a un determinado presupuesto admitido como incommovible punto de partida. "La ilustración, en Inglaterra y en Francia, —enseña Cassirer— (1) comienza destrozando la forma del conocimiento filosófico, el "sistema" metafísico heredado. No cree ya en la legitimidad ni en la fecundidad del "espíritu de sistema"; no ve en él la fuerza de la razón filosófica, sino su limitación e impedimento. Pero al renunciar al "*esprit de systeme*" y combatir expresamente en su contra, no por eso ha renunciado al *esprit systematique*, sino que ha procurado hacerlo valer en una forma más fuerte. En lugar de encerrar la filosofía en los límites de un edificio doctrinal firme, en vez de vincular todo a unos axiomas determinados, establecidos para siempre, y a sus consecuencias deductivas, se esfuerza en andar desembarazadamente y, en esta marcha inmanente, trata de develar la forma fundamental de la realidad, la forma de todo ser natural y espiritual".

Croce, que había recibido los impactos hechos al sistema hegeliano, en su formación más entrañable, se hallaba en una actitud parecida a la de los enciclopedistas. Ese momento in-

(1) CASSIRER, Ernst, *Filosofía de la Ilustración*, Fondo de Cultura Económica, ed. 1943, trad. E. Imaz.

transferible de cada pensador, condiciona históricamente su pensamiento, al aparecer en la escena del mundo, y deja inequívocamente la impronta de su herencia intelectual, a punto tal, que para explicarle y comprenderle es necesario ir a la raíz histórica de su pensamiento.

Croce, se hallaba inmerso en un momento neohegeliano. Esta filosofía del idealismo absoluto, ha dejado en su pensamiento poderosas huellas, pero no tan opulentas como para impedir el desarrollo vigoroso de un pensamiento original.

Tomada esta influencia como punto de partida, y considerado este momento del derrumbe de un sistema filosófico tan capital para la cultura de occidente en ese momento, es natural que todos los espíritus se colocarán en estado de alerta frente al vacío dejado por las *verdades absolutas* de una arquitectura que periclitaba. Y en este estado de comenzar de nuevo, actitud auténticamente filosófica, el sistema hegeliano, hijo de una segunda navegación, ofrecía algunos aspectos durísimos y resistentes a la crítica, que, precisamente Croce había de intentar desde distintos aspectos, no sin aprovechar las aportaciones hegelianas a la filosofía de la cultura y modificarla en plano lógico, como supuestos de la libertad humana. Sin perjuicio de adentrarnos más luego en una caracterización del aspecto lógico del problema —importantísimo en el sistema hegeliano—, bueno es recordar palabras de Hartmann, sobre este aspecto tan significativo de la herencia histórica del pensamiento filosófico. En efecto; ¿cómo podemos caracterizar esa “herencia” filosófica a través de los filósofos en general, y en el caso, particular de Croce? Hartmann desarrolla la tesis de que el pensamiento filosófico, es siempre un pensamiento que se dá o desenvuelve en líneas continuas, no condicionadas a la fragilidad de los sistemas. Para el conocimiento de esta línea de desenvolvimiento, estudia los modos del conocer de que necesariamente ha de valerse el Historiador de la Filosofía, ya que no es fácil historiar pensamientos, y menos, pensamiento filosóficos en su desarrollo seriado a través de la meditación universal. Enseña que el historiador del

pensamiento filosófico, no sólo ha de huir de la mera accidentalidad del acontecer material de los hechos, sino, y esto es lo importante, ha de levantar el fino velo de que está cubierto ese pensamiento, sacudirlo de su polvo temporal, limpiarlo de las polillas del pasado, y descubrir sus "intelecciones lúcidas". Aludiendo a Aristóteles, y a la posibilidad de relcerlo con provecho, Hartmann, nos dice: "Sus intelecciones saltan los límites del sistema a cada instante y han subsistido históricamente cuando el sistema luego de cuatro siglos de imperio, terminó por derrumbarse. Las que quebraron fueron precisamente las doctronas capitales metafísicas. Cayó la doctrina de los fines immanentes y con ella toda la teleología del "eidos" en los procesos reales del mundo; el dualismo de forma y materia se ha mostrado como muy relativo; la forma substancial ha perdido toda su importancia; potencia y acto, no son ya modos decisivos; la reducción de la individualidad a la materia, fracasó ya en el siglo XIII; en cuanto a la supuesta identidad entre la estructura lógica y la óptica pudo mantenerse más tiempo, pero finalmente tuvo que retroceder ante la filosoffa kantiana" (2).

Bajo el derrumbe hegeliano, integraron el espíritu del maestro otras intelecciones que le venían de la tradición de la gran cultura italiana, a través de Juan Bautista Vico (cuyas leyes historiográficas reelaboraría), y el ejemplo de De Santis (para la estética) y el lenguaje, como génesis del espíritu, tal como Cassirer enseña modernamente, desde otro ángulo.

Retomando el enfrentamiento crítico entre Croce y Hegel en un aspecto que interesa sobremanera destacar, para intuir finamente así el sentido liberal del pensamiento de este gran maestro italiano, veamos, pues, lo que en la *Lógica* enseña, uno y otro.

Si recordamos que para Hegel todo lo racional es real, y que el "apriori" formal de Kant, es el punto de partida del sa-

(2) HARTMANN, Nicolai, *El pensamiento filosófico y su Historia*, ed. Claudio García y Cia., Montevideo, 1944, Trad. Anfbal del Campo, esp. 80 y passim.

ber, y no el saber en sí absoluto y acabado, como en aquél, estamos en condiciones de advertir que ésta Idea absoluta, es el tema de la lógica, que operando por un proceso dialéctico, nos dá constructivamente toda la realidad. Este proceso dialéctico, de tesis, antítesis y síntesis, va decantando el ser en un perpetuo devenir, con algo que queda y algo que se transforma, y que importa, no otra cosa que la realidad realísima, y no su simple manera o forma crítica de pensarla. A ese espíritu Absoluto, fin del conocimiento, y conocimiento en sí de la realidad total, se llega mediante un proceso dialéctico cuya base es un tipo de intuición intelectual, que en su devenir eterno nos dá la calidad, la que negada, nos conduce a la cantidad, y por su síntesis a la medida, siendo así que calidad, cantidad y medida, son momentos de la primera parte de la lógica, que es a su vez el primer momento del sistema completo del ser ⁽⁸⁾.

De este brevísimos resumen, se advierte que en Hegel, la tesis, la antítesis y la síntesis, están formados de una misma substancia, en tanto que producidos por un devenir dialéctico del espíritu absoluto, antecreador de la realidad. Los principios clásicos —y para nosotros incommovibles de la lógica—, de identidad y contradicción, permanecen inalterados pese a la dialéctica hegeliana, y son vinculados por Croce en lo que él llama la dialéctica de los *distintos*, y no simplemente, de los *opuestos*, cosa por cierto bien diferente. Dos momentos del ser pueden oponerse, pero esa oposición, por mucho que venga del pensamiento, y por afinado que éste sea, no pueden constituir una seidad inmanente al objeto(que si bien es tal por que es pensado por alguien, no por eso cambia su naturaleza). ¿En qué consiste la oposición de los objetos en la tríada hegeliana? Por de pronto en algo que viene de una consideración del propio pensamiento en un proceso de autodespliegue hacia el Espíritu Absoluto, y por ende, en substancia de la

(8) FALKENHEIM, H., *Hegel*, en "Los grandes Pensadores", Espasa-Calpe Arg. Soc. Anón., 1940, págs. 366, 370, etc. MESSER, A., *De Kant a Hegel*, Espasa-Calpe, ed. 1942, págs. 222, etc.

misma materia. Substancialidad que dá una tónica al ser, exclusivamente cuantitativa —pese a la afirmación dialéctica en contrario—, y jamás *calitativa*, de que está hecha en verdad la estructura de todo lo real, a través de lo *distinto*.

Las oposiciones de los distintos, ajustándose severamente al principio de la identidad, importa en Croce, por lo demás, un grado más alto de aprehensión de lo real, en la diversidad de sus estructuras ónticas, y en el trascender puro de los valores, como habrá luego de darse en la lógica axiológica. Los distintos, hunden así sus raíces en la diversidad de lo concreto, dándonos un ser diferenciado y prural, de línea clásica, frente a la visión romántica y sintetizadora de Hegel. Croce, al estudiar los precedentes hegelianos de la teoría de los opuestos, nos lo dice: “Los hechos mostraban en verdad todo lo contrario, pero se negaban los hechos y de los dos términos en cuestión, se aceptaba solamente uno, asignándole al otro sin más, el carácter de ilusorio, o lo que viene a ser lo mismo, estableciendo entre ambos una diferencia puramente cuantitativa. Esta doctrina lógica de los contrarios se halla en los sistemas filosóficos tales como el “sensualismo, empirismo, materialismo, mecanicismo y otros del mismo género. En estos, pensamiento y verdad resultan ser, unas veces, una como secreción del cerebro, y otras, una como consecuencia natural de la asociación de las representaciones y de los hábitos; la virtud viene a ser así engañoso espejismo del egoísmo; la belleza, un refinamiento de la sensualidad; y el ideal, un indefinible sueño voluptuoso y arbitrario”.

Para concretar más, si cabe, este importante aspecto del pensamiento crociano, acerca de la dialéctica de los distintos, débese retener la importancia de este pensamiento lógico, frente a la axiología, que, como veremos en los valores estéticos más adelante, tiene una importancia trascendente. Fundados sobre los valores, calidad pura irreductible a la cantidad, la persona humana como fin en sí, con su libertad fundamental de realidad viva, frente a la entelequia del Estado absoluto y totalitario, cobrará nuevas y profundas sig-

nificaciones. La derecha y la izquierda hegeliana, en sus inspiraciones cesáreas de dominación mundial, han debido destruir y uniformar todo lo real, cerrando los ojos al proceso plural de todo lo social, de todo lo humano.

Las calidades puras, insertas idealmente en los *distintos*, que no admiten ser fundidos, masificados, en los opuestos, ya que llevan un ingrediente calitativo, absoluto, nos devuelven el mundo clásico, real, pleno, significativo, humano, diverso por cierto, al de la gris uniformidad, donde los procesos personales, se vuelven la actuación del uno que es don nadie, y donde como en las reglas de la zoología, la persona desaparece tras un rótulo automático. Los distintos, no admiten la "colectivización", sea ésta "corporativa" o "sindical", exigen por el contrario, el orden para la libertad, la valoración para la jerarquía, y el autorrealizarse en plenitud, mediante un proceso de creación indefinida, en al dimensión histórica del ser, irrepetible, único, original, distinto en suma.

Croce, por ello, enseña: "Establecido esto resulta claro que al confundir la dialéctica de los contrarios con el nexo de los distintos, al hacer que los contrarios considerados abstractamente, realicen la función propia de los conceptos distintos, estos errores se transforman en verdades; verdades particulares, verdades de grados inferiores del espíritu, pero formas necesarias del mismo o categorías. Y una vez que estos errores han sido bautizados como verdades de cierto género, no existe ya impedimento para que todos los errores, el error en general, sean considerados como verdades particulares. *La fenomenología del error, toma de esta suerte, la apariencia de una historia IDEAL DE LA VERDAD*" (4).

Y más adelante, nos dice: "Debido a la confusión comedita entre al dialéctica y conexión de distintos, de donde deriva necesariamente la concepción de los errores interpretados como verdades particulares, Hegel no se contenta con los dos

(4) CROCE, Benedetto, *Lo vivo y lo muerto en la filosofía de Hegel*, ed. Imán, Buenos Aires, 1943, trad. Fco. González Ríos, pág. 95.

modos ya indicados, sino que ensaya un tercer modo que es el que pone en práctica en la estructura de la lógica. En ésta los errores son tratados como conceptos distintos, o sea, como categorías, con lo cual se pretende deducir y desarrollar los errores de la misma manera que como se deducen y desarrollan las categorías, es decir, los conceptos distintos. El método que corresponde a la investigación de la verdad se encuentra de esta suerte, aplicado a la no-verdad. ¿Qué debía ocurrir, entonces, en esta desesperada tentativa y en este esfuerzo violento y espasmódico hacia lo imposible? “*Si s’est difficile, c’est fait; si c’est impossible, on le fera*”, decía aquel ministro del *ancien régime*. Y en efecto, hizo lo imposible gracias a la arbitrariedad, llevando el estado de las finanzas a la ruina y provocando la revolución. De la misma manera, la arbitrariedad, desde el primer momento, ha reinado soberana en la estructura de la lógica de Hegel” (5).

De los análisis precedentes, surge suficientemente claro, a nuestro entender, y en la medida de la ocasión, el pensamiento de Croce camino de la libertad. Por él advertimos de que se trata de una filosofía abierta, que la teoría de los distintos, permitirá el vuelo de lo prural, abstracto de la libertad en plano ontológico e histórico. Con esta actitud, frente a lo real, pleno, diverso y valente, nos alejamos de la “borrachera del ser”, del “enloquecimiento del ser”, de que hablaba Rosmini, siendo imposible tomar el error como verdad, por más que se nos dé en síntesis y antítesis, porque nunca sabemos si en los opuestos hay dos mentiras, y en la síntesis un otro disparate que nos lleve a un mundo absurdo, hijo del equívoco y padre del desastre, donde el romanticismo carece de justificación y la persona de significado.

El gigantismo del pensamiento crociano aparece más ponderable aún en la Estética. Desde sus primeros trabajos, ins-taura en magníficos análisis el modo particular de conocimien-

(5) CROCE, *op. cit.*, págs. 10/2. HEGEL, *op. cit.*, págs. 101/2.

to que exige e impone ese objeto específico y valente que es el arte, a través de sus formas diversas y únicas y de sus medios expresivos propios. La intuición, adquiere, como instrumento del conocer, una especial categoría aplicada al mundo de los objetos creados en el arte. Y por ello nos dice: "No obstante, es conveniente disipar la ilusión de que tal concepto exista como una idea innata y sustituirle la verdad de que él opera como un "apriori". Ahora bien, el "apriori" nunca existe por sí mismo, sino en cada uno de los productos que él engendra; y como el apriori del Arte, de la Poesía y de la Belleza no existe como idea "en ningún espacio hiperuránico, perceptible y admirable por sí mismo, sino solamente en las infinitas obras de poesía, de arte, de belleza que él ha plasmado y plasma; así el "apriori" lógico del arte no existe en otra parte más que en los particulares juicios que él ha formado y forma, en las confutaciones que él ha ejecutado y ejecuta..." (6).

Sin embargo, esta cuestión del análisis frente a la obra concreta, no le impide llegar a una construcción formal de la Estética, como disciplina autónoma, y al respecto nos advierte: "La Estética al demostrar que la actividad estética o el arte es una de las formas del espíritu, un valor, una categoría o como quiera llamársele, y nó un concepto empírico referible a ciertos órdenes de hechos utilitarios o mixtos, al establecer la *autonomía del valor estético*, ha demostrado y establecido con eso mismo que ella es el predicado de un juicio especial, el *juicio estético...*" ; "...se ha preguntado de si el juicio estético sea absoluto o relativo; pero todo juicio histórico (y tal es el juicio estético que afirma la realidad y la cualidad de los hechos estéticos) es siempre conjuntamente absoluto y relativo; absoluto en cuanto a la categoría con que se construye es verdad universal; relativo, en cuanto el objeto por ella construido es históricamente condicional; por lo cual

(6) CROCE, B., *Aesthetica in nuce*, ed. Inter-Americana, 1943, pág. 108.

en el juicio histórico, la categoría se individualiza y la individualidad se absolutiza. Aquellos que en el pasado negaban lo absoluto del juicio estético (sensualistas, edonistas, utilitarios) negaban en efecto, la calidad y la realidad del arte, así como su autonomía" (7).

Es innegable el aporte que Croce ha hecho a la Estética moderna. Sus conocimientos profundos de la historia y el lenguaje como fenómeno expresivo, donde expresión e intuición advienen una realidad inescindible, ilumina casi toda la vasta problemática de la estética contemporánea, y puede decirse que en él, como en otros autores alemanes, ella adquiere un rigor sistemático de verdadera ciencia, lejana a la improvisación, tan frecuentes en esta materia.

Corresponde ahora aludir a otro aspecto del pensamiento de Croce a fin de exhibirlo en sus grandes líneas generales.

Quién no se ha preguntado, alguna vez, ¿cuál es la materia o el contenido de la Historia? ¿Y quién no ha inquirido correlativamente por el consistir de ese hacer del historiador? Y nuestro ser, en cuanto ser en el mundo, ¿qué vinculación o significación tiene frente al acontecer histórico? Con la mayor simplicidad, trataremos de dar una respuesta comprensiva, del consistir de estas finas idealidades tan llenas de conexiones y sentidos.

La historia, es en primer término, un saber, —pensamiento, escrito o nó—, sobre el pasado. Empero, este *pasado* ya no es, sino que fué, por lo que nuestro pensamiento es actual de algo inexistente. Por ello advertimos una contemporaneidad de lo pasado, un ser actual, nuestro pensar, de algo que ya no existe.

En otro sentido, el hecho pasado se vuelve solamente un "hecho pensado", pero como tal, actualizado, dentro de la esfera del hoy, donde estamos inmersos, y no del ayer, donde ya no hay nada, sino la referencia, el hito indicador del indicio periclitado, muerto, desaparecido. Y, al actualizar el pa-

(7) Id., pág. 133.

sado, ¿no le damos contemporaneidad, no lo revivimos, contrariando así su ser propio de cosa ida? Croce, explica la contemporaneidad del pasado, al enseñar: "En este sentido debería llamarse contemporánea la historia que nace inmediatamente del acto que se está cumpliendo, y como consecuencia del acto... y es evidente que sólo un interés de la vida presente nos puede mover a indagar un hecho pasado; el cual, por tanto, en cuanto se unifica con un interés de la vida presente, no responde a un interés pasado, sino presente" (8). De ahí que el pasado se actualiza merced al interés, o mejor dicho, al valor, que por lo intemporal vive un eterno presente, a través de las formas diversas del ser irreplicable de lo histórico, y en ese despliegue infinito va desarrollando el devenir las formas de su humanidad.

Otras varias cosas aún pueden preguntarse, por ej.: ¿Qué parte del acontecer del mundo, es aquella que deviene histórica? Difícil es responder a ella, ya que todo lo ocurrido, es real como tal ocurrencia, empero no todo tiene el carácter de única en su significación y consecuencia. La vida humana misma, con sus formaciones temporales a través de los hombres y las generaciones, en cuanto única e irreplicable, diferente, justifica el relato y la consideración importante en el desarrollo de una línea de desenvolvimientos culturales, e indica el sentido histórico de los hechos. El ser existencial, de la unidad hombre-mundo, con sus productos culturales de leyes y estatuas, de máquinas y versos, de formas políticas y económicas en constante interrelación, va creando ese clima del acontecer cultural, que es específico del hombre, y que es, en síntesis, su modo de ser histórico.

En segundo lugar, advertimos que el hombre, al hacer todo lo que hace, es decir, al crear la cultura y humanizarse por ella y en ella, en el largo itinerario de la tribu a las formas libres, va mostrando lo que hizo, y más aún, lo que *pudo* hacer, aunque haya *querido* hacer más. Lo frustrado, es aque-

(8) CROCE, B., *Historia de la Historiografía*, págs. 4, 23.

lo que advertimos en la historia como idealidad inmanente del pasado, y como trascendente esperanza del futuro. Lo que pudo hacer y lo hizo, nos dá una realidad realísima, de sentido viquiano y lo que quiso hacer, la lucha del sujeto universal de la libertad en sus limitaciones y en sus luchas ejemplares por la superación (9).

La lógica de los *distintos*, va creando así el sentido verdadero de todo acontecer histórico, lejos de toda forma seriada, de toda simplificación dialéctica, de toda masificación abstracta, para abrir a nuestros ojos un mundo de proyecciones valentes, prural, con formas abiertas a lo real y significativo de todo lo humano, tal como es potenciado por la libertad y sus luchas.

Por ello, es que la responsabilidad en la construcción histórica de este presente, nos incumbe a todos, ya que contribuimos a la formación de un pasado en el que vivimos, pensamos y actuamos. Y esa responsabilidad que es histórica y política, es por tanto, ética, y por ello inexcusable. De ahí, que frente a este presente y futuro argentino, nada mejor que recordar a Hartmann, cuando dice (10):

“Ante la pregunta “qué debemos hacer”, nos hallamos a cada momento. La encontramos en cada nueva situación, nuevamente, a cada paso debemos responderle en la vida, inexorablemente y sin que ningún poder pueda librarnos y alejarnos de esta exigencia, y, ante cada pregunta siempre nueva, es nuestro obrar, nuestra conducta real la que responde siempre también en una forma original y nueva, pues todos nuestros actos contienen ya la decisión tomada. Y cuando esta respuesta dada no fué consciente, podemos reconocerla con posterioridad en nuestra conducta, tal vez para arrependerse.”

(9) CROCE, B., *La Historia como hazaña de la libertad*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1942, Trad. Enrique Díaz Canedo, págs. 63 y sigtes.

(10) HARTMANN, Nicolai, *Ethik*, Dritte Auflage, Ed. Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1949, págs. 2/3. La traducción del alemán, nos pertenece.

tirnos, pues, si en cada pro o contra buscamos decidir lo justo, esto precisamente, no está en la pregunta ni en la situación; por ello es que no hay necesariamente ninguna decisión por mano extraña. Aquí cada uno depende de sí mismo, decide sólo y de sí, y en consecuencia si se equivoca soporta la responsabilidad y la culpa. Y quién reconoce el alcance de esta acción, quién conoce la cadena de consecuencias y mide la magnitud de la responsabilidad, es uno mismo. La acción una vez acontecida, pertenece a la realidad y no se puede convertir ya más como nó acontecida. Lo que en ella fué equivocado, es inexorablemente equivocado, es irreparable en el sentido estricto, la situación es única, no vuelve, es individual como todo lo real. Ella está aquí inexorable, trenzada como parte de las conexiones de lo acontecido en el mundo. Lo mismo vale para la acción cuando ella ya ha ocurrido. Su repercusión efectúa círculos siempre más amplios; su manera de ser es una continua procreación. Una vez lanzada en el ser continúa viviendo, no se extirpa, y si el golpe de las olas que sale de ella se rompe, se debilita, al fin se equilibra en el río más grande del devenir humano; es inmortal como todo lo real.

Por irreal e incausado que pudiera ser su origen, una vez puesta en el ser, sigue otra ley, la ley de la realidad y la efectividad; esta ley le da una vida propia, el poder de formar y destruir vidas y seres, frente a lo cual, arrepentimiento y desesperación son impotentes. La acción va más allá del autor y lo juzga y condena sin piedad.

Nosotros no vemos la serie de consecuencias en cada conducta humana. Pero cada una tiene consecuencias y existe siempre la posibilidad de que sean graves y, a menudo, allí donde menos lo pensamos, lo son; y, lo que vale para la limitada conducta individual, vale también engrandecido, para los círculos más amplios de la comunidad, de una generación, de una época. Lo que nosotros hoy entendimos, comprendimos, decidimos, hacemos, de eso tal vez depende el futuro de las generaciones, porque siempre el tiempo futuro cosecha lo que el presente siembra, como éste cosecha la semilla del pasado y,

en sentido eminente vale para donde lo viejo ha sobrevivido y lo nuevo aún no se ha plasmado, donde fuerzas jóvenes anhelan la luz y fuerzas oscuras se agitan. Aquí es también donde la pequeña participación del individuo en la iniciativa de la totalidad puede estar bajo el peso de una responsabilidad no prevista por siglos”.

La intención con que hemos leído este párrafo del filósofo alemán, es para advertir la conexión estructural de planos entre la ética y la historia, ambas cosas exclusivas del hombre, hijas de la libertad, ya que sin ésta no hay sociedad, sino rebaño, y en ésta, no hay historia, como sea la natural del género.

Por eso es que la Historia, se amplía con la libertad, también en cuanto permite el despliegue prural de lo real en la acción responsable del hombre ético, que con sacrificio por alcanzar lo valioso dignifica y da todo a la vida humana en sus formas individuales y sociales. Por eso es que la Libertad alumbrá, con la antorcha encendida de los afanes históricos, el fondo oscurecido del pasado, y en ese momento, aparecen coloreadas en el telón raído del tiempo, la cara espectral de los muertos, a quienes va fijando su responsabilidad, por lo que hicieron, cuanto por lo que no hicieron y pudieron hacer quebrando con sus acciones y omisiones el derecho al progreso de los pueblos y sus ideales perfectibles en la cultura y el amor.

De ahí que lo erróneo suele ser lo cosificado de la Historia, en vez de lo vivo y real de las conductas pasadas, irreversibles, en cuanto quedan fijadas en el cuadro histórico, como la mariposa pegada por el alfiler del coleccionista, pero responsables, en cuanto este tiempo presente que estamos viviendo, es producto acabado de sus quehaceres, de sus acciones y de sus omisiones.

¡Torpes de aquellos que pretenden modificar la historia! Navegarán siempre en las tinieblas más densas, porque a la oscuridad de su interés contemporáneo, que ciega sus mentes al valor, agregan las tinieblas de sus ideales futuros. Y por

ello dan palos de ciegos, sin orientación, infecundos para el bien, contradictorios para los valores universales de la cultura, sin poder adscribir libremente su impulso al gran río del devenir humano, para caer al fin, en una sangrienta burla que los arroja al fondo de la historia, en el ítem de los errores, manchados de dolor y sangre.

Croce ha integrado, debidamente este pensamiento, poniéndolo de acuerdo en su conducta práctica con la actividad política, que es quien fija la responsabilidad colectiva de los hombres individuales, apareciendo así, la interrelación de ética, historia y política, dentro de la esfera de la libertad. Por eso al apartarse del pensar hegeliano, en un aspecto fundamental de la lógica, niega al Estado esa plenitud objetiva y ética como para dictar los valores según sus apetencias de dominación, y su pregonado absolutismo, o admite que el hombre puede ser suplantado en su realidad, con una ficción cualquiera por muy importante que ella sea, y por el contrario, le exige, que garantice la libertad del hombre, que es quién tiene fines, y nunca es medio. El *Volksgeist*, espíritu del pueblo, en que culminara el desenfreno de una política de origen hegeliano, no es sino un "hiatus irracionalis", un rasero masificado para destruir lo plural y único que conforma la substancia del hombre humano y real.

No desearía dar por terminada esta lectura, sin aludir, aunque brevemente al pensamiento político de Croce, que es culminación de sus concepciones fundamentales de la vida y la historia de occidente.

En su historia de Europa, Croce nos enseña, verdades políticas de alcance universal, que bueno es recordarla para disuadir y refutar a sus intencionados malos intérpretes. En la política como actitud práctica, dice que los individuos en la democracia son "iguales de hecho" y en el liberalismo, son "personas iguales en humanidad", o lo que es igual, como valores. El ideal de la democracia como "procedimiento", postula una religión de la cantidad, mecánica, racional como ésta ha sido entendida en el siglo XVIII. El ideal del liberalismo,

postula en cambio “una religión de la calidad, de la actividad, de la espiritualidad, tal como ha ido formándose a comienzos del siglo XIX”.

Por ello es que la relación entre liberalismo y democracia no es ya una “relación entre dos entidades empíricas, sino un ideal y una realidad empírica, entre un concepto regulador y una actuación”. Si a la Democracia le faltara el ideal, dice en su historia de Italia, el concepto regulador de la libertad, se transformaría de inmediato en tiranía”, y esto ocurre cuando la democracia “confundiendo al pueblo con las multitudes inorgánicas, frenéticas e impulsivas y ejerciendo la tiranía en nombre del pueblo, logra fines opuestos a los que se proponía, y en lugar de igualdad y libertad abre el camino de la dictadura”. “Tiranía de las peores, enseñará Ruggiero, “La tiranía de las masas que no dominan solamente los actos exteriores, sino que también controlan y aplastan las conciencias y las opiniones en cuánto saben que sin su consentimiento, la acción no sería eficaz y su prestigio se vería en peligro”.

Su defensa del liberalismo ético, frente al liberalismo económico, adquiere contornos explícitos, ya que de ninguna manera lo identifican ni atribuyen a uno causa eficiente y única del otro. Su posición opuesta, no sólo es clara contra escritores fascistas y y neofascistas, en cuanto defensores de un capitalismo bárbaro y expoliador, sino contra socialistas como Laski, a quien le refutan su actitud política en estos términos: “La vida liberal puede tener una vinculación transitoria pero nunca permanente con la propiedad privada de la tierra y de las industrias. Ella se opone sobre todo a la falsificación de la vida moral, de cualquier parte que se ejecute, de absolutistas y democráticos, de capitalistas y proletarios, del zar y de los bolcheviques y bajo cualquier función mítica, sea ella la de la razón aria o la de la hoz y el martillo. La idea liberal tiene una naturaleza religiosa que continuamente juzga y domina la historia económica que se sirva de las religiones como caretas”. “Laski —dice siempre Croce— no se da cuenta de que es la substancia de la idea liberal a

cuyo porvenir están vinculados, no ya el destino del capitalismo, sino el porvenir espiritual de la civilización humana”(11).

Por ello entiéndase que el liberalismo es algo más que una mera y transitoria actitud política programática, es una actitud filosófica frente al mundo y a la vida que esencialmente se orienta hacia la libertad en todas sus formas y apetencias, como valor primero, y cree, que sólo por ella el hombre puede elevarse de su servidumbre física, de sus limitaciones naturales, de sus pasiones irracionales, para autorrealizarse en la humanísima substancia que afirma el ser de la persona como realidad autónoma, única, absoluta e irreductible.

Kantianamente, podríamos a ello agregar, que la “armonía del género humano racional” no alcanzará el Reino de los fines (valores), sin libertad, ya que por ella el trascender de la conducta fija la responsabilidad del obrar y posibilita el clima de dignidad propia de la civilización y la cultura. Sin ese clima moral, no abrá derecho, y la justicia se transformará en una arbitrariedad omnipotente.

Croce ha cuidado bien la distinción entre liberalismo ético y liberalismo económico. Así Treves (12) analizando particularmente el pensamiento político de nuestro filósofo, nos demuestra contra los que identifican el liberalismo con la democracia, y a ésta el capitalismo burgués o el capitalismo de estado, que ha podido comprobar, en la experiencia fascista, que la burguesía apoyó siempre la reacción autoritaria anti-liberal, y que los principios de la libertad y la democracia fueron defendidos por elementos muy distintos a ésta.

Nadie como él ha protestado contra los intelectuales que ponían la cultura al servicio de la guerra, y la verdad al servicio de un partido o de un hombre, rompiendo así una obligación para con la patria que a todos nos es inexcusable. En “La Crítica”, escribió en 1925, “La fé no se apaga ni desa-

(11) TREVES, Renato, *Benedetto Croce, Filósofo de la Libertad*, Ed. Imán, 1944, esp. p. 50 y sigtes.

(12) *Ibidem*.

parece por las persecuciones y violencias del fascismo, porque éstas por virtud de contraste sirven para hacer entender de manera más profunda y coherente a nuestro pueblo, el valor de las instituciones y métodos liberales, y para hacérselos amar con afecto más consciente". En ello estaba una refutación para Gentile.

Al reprochar a algunos italianos su falta de resistencia al totalitarismo, escribió en 1933: "no hay que preocuparse adonde va el mundo, porque su "desarrollo estará determinado por los pensamientos, sentimientos y actos de los hombres y tendrá la realidad que ellos le den y será tanto mejor, cuanto mejores sean aquellos hombres. No hay que preocuparse, pues, por saber adonde va el mundo, sino por saber adonde tenemos que ir nosotros para no menospreciar ni nuestras creencias, ni nosotros mismos". En una repulsa al fascismo nazista alemán, manifestó valientemente su pensamiento: "El racismo es una de las imaginaciones políticas más pasionales que aparecieron en el mundo, y los que la sostienen, parece que predicaran, "transformaos en animales como nosotros, porque para los animales está prometido el reino de las razas", (1938).

Su nuevo y más radical liberalismo, nacido al combate con el fascismo, afirma primero una distinción profunda entre romanticismo teórico y especulativo (historicismo racional), contra otro "práctico y sentimental", ambos opuestos al formalismo individualista y abstracto del siglo XVIII. El segundo, como instrumento para contagiar y conquistar a las masas, le llama el "mal del siglo XX", o sea el totalitarismo.

Luego de delimitar la Revolución Francesa, a su justa importancia y significación política, levanta su pensamiento por encima de los partidismos sectarios, entonando un "himno a la libertad sin especificaciones o determinaciones empíricas, a la libertad que no se ha realizado nunca en las instituciones políticas, pero que ha constituido la aspiración dominante del siglo XX, el anhelo —son sus expresiones—, "que se capta en la palabra de todos, que se manifiesta en el verso de los poetas y en los sentimientos de los hombres de acción,

así como en las formulaciones de los filósofos profesionales”, y, agrega, en otro de sus escritos, que el siglo XX, ha introducido un contenido nuevo, “un concepto de importancia vital, aclarador del pasado y del presente, quizá del porvenir, al descubrir una concepción historicista de la libertad por la cual el hombre “no se siente ya aplastado por la historia sino que se siente su verdadero e incansable autor” y “la historia no aparece ya privada de espiritualidad y dominada por fuerzas ciegas o sostenida y dirigida en sus pasos por fuerzas extrañas, sino que se muestra “obra y actualidad del espíritu, obra de la libertad”.

Por ello Croce afirma que el liberalismo es una concepción que importa una “Welstanchaung”; una cosmovisión, una idea del mundo y de la vida, algo que está más allá que un partidismo cualquiera, una actitud metapolítica, —son sus palabras—, “que supera una teoría formal de la ética y coincide con una concepción total del mundo y de la realidad”.

Y al definir la libertad, ámbito específico de lo humano, Croce, nos recuerda: “La libertad no es un hecho contingente, sino una Idea, y, escrutándola a fondo se advierte que no es sino la misma conciencia moral, que como ella, no consiste sino en la incitación a acrecentar de continuo la vida, y, por lo tanto, en reconocer en sí y en los demás, al hombre, a la fuerza humana que se ha de respetar y promover en su múltiple capacidad creadora”.

Y para que no falte en la circunstancia histórica en que estamos inmersos, recordando una exigencia crociana de identificar pensamiento y acción, leeré ahora unas breves palabras del maestro dirigida a los historiadores del futuro, temeroso de que aparezca algún “revisor” o panegirista a sueldo, cuando dice:

“Mentalmente me dirijo a ellos, casi hablo con ellos allá en ese mundo futuro que será el suyo, para advertirles que dejen las cosas como están, que resistan en este caso a la seducción de las tesis paradójales e ingeniosas y “brillantes”, porque el hombre en su realidad, era de corta inteligencia,

correlativa con su radical deficiencia de sensibilidad moral, ignorante, con esa ignorancia substancial que consiste en no entender y no conocer las elementales relaciones de la vida humana y civil, incapaz de autocritica al par que de escrúpulos de conciencia, vanidosísimo, falto de todo gusto en cualquier palabra y además, siempre entre el patán y el arrogante'' (13).

Así llegamos, señoras y señores, al final de esta larga conversación, no sin rendir homenaje al noble genio de Italia, en una de sus más puras glorias universales. Al hombre que ha planteado con la dialéctica de los distintos, el derecho originario y libre a construir la vida sobre moldes no uniformados; al que ha puesto en la dignidad civil el heroísmo másculo, sin armas, de ser hombre por sobre todas las cosas; al que ha hecho de la Historia una tremenda responsabilidad y no un desleído roer de bibliotecas y archivos; al que ha puesto, la política en la ética, y ha hecho de la ética inexcusable exigencia; al que ha cifrado el mensaje claro y eterno que manda estar de pié para defender la dignidad y conquistarla cuando se ha perdido; al que en fin, indica el camino a las generaciones presentes y futuras después de sesenta años de lucha, instándolos hacia la batalla que nos abrirá el rumbo entre las sombras de la opresión hacia la luz, nunca demasiado brillante de la libertad.

DOMINGO LOPEZ CUESTA

(13) GIUSTI, Roberto F., *Un filósofo en la tormenta*, "La Prensa", 13/3/1949.

